

Maravall habla de encadenamientos, conjuntos de hechos, estructuras configuradas. Es curioso observar cómo sus reflexiones en este caso coinciden con averiguaciones de la moderna filosofía analítica de la Historia. En efecto, Walsh habla de *colligations*; White, de tramas —al igual que Paul Veyne— aunque éste procede de otra tradición: la weberiana—; Mink define la actividad del historiador como un «acto configurante».

En cierta medida, esos hechos colectivos —y, sobre todo, cuando se conciben éstos con tal amplitud que se puede llamar hecho colectivo a un encadenamiento tan completo como la decadencia de Roma—, esos hechos colectivos, digo, nos ofrecen ya, con mayor o menor totalidad, verdaderas conexiones de hechos. Trátese de una acción unipersonal o de una acción colectiva, ante la Historia importan en cuanto datos para un conocimiento individual. No son, en absoluto, equivalentes «hecho individual» y «hecho de un individuo», ni tampoco «hecho colectivo» y «serie de hechos», o mejor, hechos de un grupo o grupo de hechos de caracteres conexos. El criterio para diferenciarlos, lejos de lo que parece desprenderse de algunos autores, no está en que sean obra de uno solo o de muchos, sino en que los tomemos, abstrayendo otros aspectos, en aquello en que se asemejan a otros hechos, o los tomemos en aquello en que, siendo diferentes, se conectan con otros hechos distintos, configurando una peculiar estructura histórica, cuyo sentido de conjunto es singular, individual. (*Ob. cit.*, p. 81). Sólo en este sentido se puede aceptar la concepción de la Historia como ciencia de lo individual o ciencia de hechos: si no se olvida lo que en cualquier ciencia empírica hay de interpretación teórica, puesta por el científico. Ranke —el autor que formuló como programa de la historiografía el máximo respeto a los hechos— habla de *concepción general de lo acaecido, de trabazón objetiva...* Algo parecido sucede con Eduard Meyer.

Lo individual en la Historia se nos ofrece de modo relativo: no podemos pensar en Francisco de Vitoria sin verlo como un «escolástico», «del siglo XVI», «español», conceptos todos que poseen un grado de generalidad. Aron ha señalado lo que hay de individual relativo en los conceptos históricos, como «el campesino alemán del siglo XV». Se trata de generalizaciones relativas. Lo propio de la Historia no es el detalle, sino esas mal llamadas generalizaciones, porque no se trata de enunciados de base inductiva, sobre series de fenómenos semejantes, cuyos aspectos comunes se formulen en enunciados generales, sino de articulaciones entre una multiplicidad de datos, algunos quizá semejantes y, los más, diferentes, que forman un encadenamiento, un conjunto. Y es en esos conjuntos que engloban un gran número de datos donde lejos de descubrir una generalización, hallamos lo individual que caracteriza el objeto de la Historia.

Lo individual histórico no está en los datos. No tiene valor histórico, por sí, la armadura que Carlos V pudo llevar en Müllberg, una armadura, al fin, como tantas otras. Sin embargo, el dato puede adquirir y de hecho adquiere significación histórica, en una conexión construida en el plano de la historia de la indumentaria, con otros muchos datos que, en sí, pueden ser generales, pero que en su conjunto se individualizan. Lo tiene, cuando en la historia de la cultura, al contemplar ese dato de que el Emperador, como el militar de la época, se cubra con el arnés de protección individual, lo relacionamos con aquellos otros datos que nos permiten llegar a una conexión que podríamos, por ejemplo, enunciar así: subsistencia de elementos del arte militar medieval en la técnica de la pólvora,

o, en otro aspecto, coexistencia, en la época de Carlos V, de elementos renacentistas con una fuerte dosis de espíritu caballeresco. (*Ob. cit.*, p. 86).

Subraya Maravall: *Lo individual de la Historia no está en el dato aislado, sino en la conexión irrepitable en que se da. Lo individual es el conjunto.* El hecho histórico no es un dato, es un encadenamiento. *La singularidad de la Historia es la singularidad del conjunto.*

Conocer, pues, una realidad histórica, captar su sentido, es hacer inteligible la relación entre las partes y el todo, en esos conjuntos que constituyen el objeto de la Historia. Sin duda que al elaborar estos conceptos teóricos de la Historia, Maravall se anticipa al concepto de *trama*, que, según H. White o P. Veyne, constituye lo propio de la Historia.

Cierto que existe, y debe existir, una labor previa de depuración y fijación del dato, pero no un análisis del mismo, por cuanto su sentido nunca lo descubriríamos en él aisladamente, sino en la conexión con otros datos en que se nos ofrece dentro del conjunto. Y, usando una bella comparación, los datos no tienen el papel de los factores en una operación aritmética o de los sillares en la construcción de un edificio. Su función es, más bien, el de las pinceladas de color en un cuadro, al de los elementos en un paisaje.

Años más tarde de aquel en que Maravall escribió este último párrafo, L. O. Mink adjudicó a la Historia el modo propio de comprensión que denominó *configurante*: el colocar elementos en un complejo único y concreto de relaciones. Y añade que la Historia sobreviene cuando la partida está terminada. El historiador, idealmente, tendría de la historia que narra una visión, como la divina, *tota simul*, aunque su narración se distienda en el tiempo. Algo muy parecido había dicho Maravall: «En la intuición histórica, el todo individual del conjunto y las partes que en él aparecen en conexión, se dan en el mismo plano y su conocimiento se alcanza recíprocamente, según la misma relación de solidaridad recíproca en que se nos hacen patentes. Esta viene a ser la categoría que Dilthey llamaba “significado”, en cuanto designa la relación de las partes de la vida con el todo». (*Ibidem*, pp. 87-88). Allí, pues, donde la moderna filosofía de la Historia habla de acto configurante, de trama, Maravall habla de «construcción trabada», de «estructura».

Si, pues, en esos conjuntos que son el objeto de la Historia, «el todo se halla presente para nosotros en la medida en que nos es comprensible por las partes, lo que especialmente pertenece al conocimiento histórico es lo que trasciende de éstas, lo que no está aisladamente en éstas, lo que pone de más su articulación en el conjunto» (*L. c.*, p. 88).

De aquí deduce Maravall algo que afecta a la función del acontecimiento en la construcción histórica: «Los acontecimientos que integran un conjunto histórico pueden ser diferentes entre sí y en cambio análogos a los que se dan en otro conjunto. Este mismo, en su plano, es singular e irrepitable... Siempre ha habido organizaciones de poder político, pero nunca ha habido más que un Imperio Romano; muchas veces los hombres han combatido, pero no ha habido más que una batalla de Rocroy... Por eso la relación entre datos y conjunto es la de la parte al todo y no la de lo particular a lo general o la del caso a la ley». (*Ibidem*, p. 89).

Un nuevo corolario se deriva de lo antedicho: «Los datos, en un conjunto, diferentes entre sí, pueden ser análogos a los de otro. Esto quiere decir que, entre ellos cabe, en cierta medida, la repetición. El Imperio romano es único, pero la existencia de emperadores se da en otras estructuras. En principio no tenemos por qué pensar de un dato que

nunca se haya producido antes ni que tenga que dejar de producirse después. Es más, podemos estar seguros de que fenómenos muy semejantes se han dado y seguirán dándose. Solamente cuando contemplamos un hecho comprendido y situado en un conjunto, lo vemos adquirir toda su peculiaridad, todo su singular significado. El acontecimiento, pues, resulta históricamente individualizado tan sólo en el conjunto» (*Ob. cit.*, pp. 89-90).

Y a continuación trae un ejemplo magnífico, que transcribimos íntegramente: «Muchos pensadores políticos han defendido la tesis del origen divino del poder. El dato en sí se repite y hasta goza de una cierta generalidad. Su propio sentido histórico sólo lo alcanza, diferente en cada caso, según la articulación en que se nos ofrece. En el emperador Enrique IV significa un medio de oponerse a la supremacía del sacerdocio y del Papado sobre el poder laico; en los Reyes de la Baja Edad Media, oposición, en cambio, a la superioridad imperial; en el pensamiento de Ribadeneyra y otros contrarreformistas, medio de limitación del poder por la ley divina y natural; en Hobbes y el absolutismo inglés, pieza en el sistema de la Iglesia autocéfala que cierra y perfecciona ese absolutismo; en los polemistas del siglo XIX contra las tendencias revolucionarias, defensa del gobierno monárquico contra el gobierno popular o compartido. Sólo, por tanto, en cada conjunto histórico se individualiza el significado de la tesis del origen divino del poder, lo que quiere decir que sólo desde cada conjunto podemos captar su sentido, hacérselo inteligible».

Ello nos conduce, por una vía nueva, a la convicción de que no puede escribirse más que Historia universal, o, lo que es lo mismo, que la Historia universal es imposible: faltaría en ella el capítulo imprescindible del futuro del hombre. Dilthey decía que habría que esperar el final de la Historia para escribirla. Danto —añadimos por nuestra parte— afirma que las historias presuntamente totales hablan del futuro en términos adecuados únicamente al pasado. Popper afirmaba que la Historia es imposible como ciencia porque es incapaz de predecir. «La conexión universal de la Historia —añade Maravall— no podría ser aprehendida cognoscitivamente por la mente humana. Y la ciencia tiene que sujetarse a las posibilidades del conocimiento, en las condiciones y límites en que puede alcanzarlo nuestra mente. Frente a las teorías más generales, más universales que, tratando de recoger la filosofía de la Historia universal, se han hecho frecuentes en nuestro tiempo, sería recomendable que la Historia se limitara en el estado actual a las “teorías del alcance medio”, que Merton ha postulado en el campo de la Sociología. Para la Historia vale también la observación de que la ciencia no tiene por qué estar siempre en medida de responder a todos los problemas que inquietan al hombre» (*Ob. cit.*, p. 91).

En contra de las filosofías de la Historia que Danto denominaría *sustantivas*, y Ferrater Mora, visiones —en las que incluiríamos tanto a San Agustín, a Ch. Dawson, a T. de Chardin, como a Berdiaev; tanto a Hegel y a Marx como a Toynbee, Spengler o a Wells— Maravall afirma que hay que cortar, hay que fijar conjuntos en que se nos den conexiones abarcables por la mente y por medio de las cuales ésta, y no un espíritu extrahumano, pueda penetrar en el conocimiento de la realidad. No existe criterio de validez universal para realizar ese corte, sino que todo hecho, incluso el de la ciencia natural, se configura según las exigencias de la interpretación que ensayamos y solamente en el marco de ella se nos da. Es el *tacto* del historiador, una vez más, el que determina el corte, la abstracción. En la Historia, como en la Naturaleza, el todo se une al todo. Hay, pues, que separar